

EVANGELIZAR SIENDO BUENOS CIUDADANOS

Prof. Augusto Hortal Alonso SJ

Aula de Teología
1 de Diciembre de 2015

INTRODUCCIÓN

Muchas gracias por la presentación y por la invitación. Tengo el privilegio de no pedir el voto para ningún partido ni para ninguna sigla al hablar de algo que, sin embargo, nos afecta a todos.

En los tiempos que corren cabría decir, *Dios qué buen vasallo si hubiese buen señor*, pero no sé si a mí me cae más cerca la contraposición: *Tenemos los políticos que nos merecemos*. Es un poco duro, tal como están las estimaciones actuales de la clase política, pero sí es bueno caer en la cuenta de que nuestros gobernantes no son extraterrestres; han salido de entre nosotros, muchos de ellos son como nosotros y, acaso algunos, mejores que nosotros. Y, sobre todo, tenemos que decir que los hemos metido, al menos alguno de nosotros, probablemente también porque no hemos sabido mejorar la selección.

Dice Platón, en una frase que a mí me parece que inspira mucho, que “los buenos no quieren gobernar, ni por dinero ni por honores y que hay que forzarlos. Y que el mayor castigo que se les puede dar es ser gobernados por otros peores que ellos”. Yo creo que esto es algo que también da que pensar.

Para abordar el tema de hoy lo he dividido en cuatro partes: la primera trata de la manera de entender lo que es ser ciudadano; la segunda sobre cómo evangelizar a la altura del siglo en que estamos; la tercera sería lo central, evangelizar siendo buenos ciudadanos y la última parte, un añadido que no puede faltar especialmente en un ciclo de teología, es que evangelizar incluye algo más que ser buenos ciudadanos en esta sociedad.

1. TODOS SOMOS CIUDADANOS; UNOS SON MEJORES CIUDADANOS QUE OTROS

Es muy importante tener en cuenta que el concepto de ciudadanía tiene dos raíces: es el *polites*, el habitante de la *polis*, y es el *civis*, el ciudadano en el sentido hermano. En la Atenas clásica, eran ciudadanos los varones libres; ni los comerciantes, que eran extranjeros normalmente, ni los esclavos, ni los niños, ni las mujeres lo eran, aunque después ha ido extendiéndose.

El concepto de ciudadano que procede de Grecia subraya dos aspectos importantes: el sentido de pertenencia y el de participación en los asuntos públicos. Sin embargo, en el derecho romano es un concepto jurídico; se puede haber nacido en cualquier lugar distinto de la ciudad de Roma y adquirir el estatuto jurídico de ciudadano romano. Por ejemplo, recordemos que san Pablo apela a que “es ciudadano romano” aunque nunca antes había estado en Roma; había nacido en Tarso, pero pertenecía a una familia que sí podía decirlo. También Mérida era ciudad imperial romana y los ciudadanos libres de Mérida tenían derecho de ciudadanía.

Es muy interesante la combinación de los dos aspectos, porque creo que ambos dan la clave de algo muy importante. Nosotros tenemos mucho más el sentido de pertenencia que proporciona la ciudadanía: “soy de aquí”, “esta es mi tierra”, “estos son los míos”, “esta es la

gente que se relaciona más o menos conmigo, que tiene mi mentalidad, que habla mi misma lengua, con la que tenemos una historia común... Es un sentido de pertenencia que, cuando se queda solo, se queda estrecho, y se complementa con el otro, que es un sentido de universalidad. En las circunstancias actuales -ya no estamos ni en Roma ni en Atenas- ciudadanos son todas las personas que cumplen las condiciones de ciudadano del sitio donde ha nacido o del sitio al que pertenece por herencia de sangre, etc. Me parece que es importante tener esto en cuenta para hacer el diagnóstico de nuestro modo de vivir y sentir la ciudadanía hoy entre nosotros.

Podríamos decir que ése sería el concepto básico de ciudadano. Pero luego existe una ciudadanía que se puede enfocar desde distintas perspectivas: *ciudadanía social* -por ejemplo, los ciudadanos que habitan en Santander, conviven, tienen sus tertulias, sus paseos...- *ciudadanía económica, ciudadanía política*... Hoy se habla mucho también de *ciudadanía mundial*, un concepto que ya tenían los estoicos; el filósofo estoico se consideraba que era el ciudadano del mundo, político, cosmopolita, ciudadano del cosmos.

Es importante para lo que vamos a decir, tener un concepto plural, complejo, integrador de las diferencias de la ciudadanía.

Ser ciudadanos no significa estar cortados por el mismo patrón y ser todos iguales. Para el tema que nos importa, ser ciudadano no significa que tengamos que esconder las diferencias. Existe una especie de sofisma que considera que, porque conviene que el Estado sea no beligerante en temas religiosos, ideológicos, etc., que sea laico, que, como dice nuestra Constitución, no tenga ninguna confesión, eso se puede considerar ya una sociedad laica, que es lo que a veces se trata de introducir, de alguna manera. La sociedad no es laica, es plural, que es distinto. La escuela no debería ser laica como se tiende a pensar aquí, y como lo es, por ejemplo, normativamente en Francia. La escuela -me refiero también a la escuela pública- debería ser plural, como lo es la sociedad, y aprender a convivir los diferentes.

Esta línea de ciudadanía compleja, integradora de las diferencias, me parece importante.

También me gustaría subrayar el concepto de ciudadanía activa frente al concepto de ciudadanía pasiva. Hay una cierta tendencia a entender la ciudadanía en clave únicamente de los derechos que se tienen. Pero, además de derechos, se tienen deberes; hay que participar. Por cada uno de nosotros que tiene un derecho, todos los demás deben respetar ese derecho; y no se trata meramente de respetar alguno de esos derechos y no hacer nada por herirlos, sino que es contribuir a ese tipo de ciudadanía, por una parte, compleja e integradora de las diferencias y, al mismo tiempo, activa y pasiva, porque, en el fondo, es una ciudadanía global.

Cuando hablo de ser ciudadanos, buenos ciudadanos, invito a que el civismo, virtud fundamental del ciudadano, lo practiquemos sobre todo en casa y en la familia, como padres, madres, educadores... pero también en el trabajo, en la comunidad de vecinos, en el transporte público, en la forma de conducirnos. Ciudadanos profesionales, también. Ser cívicos significa también ser buenos contribuyentes, buenos votantes, buenos opinantes... Ciudadanos que cuidan los espacios y los bienes públicos porque son de todos, no de nadie.

2. ¿CÓMO EVANGELIZAR EN EL SIGLO XXI?

Yo creo que, si queremos evangelizar, es bueno caer en la cuenta de con qué tipo de percepción de esa evangelización nos podemos encontrar.

Todos sabemos que evangelio significa “buena noticia” y, al plantearlo en este ámbito de otras personas que no comparten nuestra fe, yo creo que es honesto preguntarse si lo que los cristianos tratamos de ofrecer es, para ellos, realmente una buena noticia y si es algo nuevo. Aunque no se identifica como cristiano, la evangelización, de la que ahora hablamos tanto nosotros, les suena a algo sabido y repetido... “Nos suena a catequesis, inductinación, a proselitismo... a que otros vengan a decirme cómo tiene que ser mi fe, dónde tengo que encontrar sentido, cómo tengo que comportarme...”

Por otra parte, por no poner solo esos trazos problemáticos, tenemos un Papa que es noticia, que es “buena noticia” y no solo para los cristianos sino también, especialmente, para los alejados. La pregunta que nos tenemos que hacer, entonces es si somos nosotros capaces también de ser buena noticia... con los que no comparten nuestra fe.

Mirando a la historia de la evangelización, en los comienzos del cristianismo la evangelización estaba a cargo de personas y grupos que anunciaban una nueva esperanza, un nuevo modo de vivir la vida y de sentirse salvados en Jesucristo; era una evangelización por penetración social, cercana, carente de aparato institucional y de poder social instituido.

Eso cambió muy pronto; en torno al primer milenio, pero sobre todo en el segundo, la evangelización ha ido acompañada de conquista y de colonización; pensemos por ejemplo en la evangelización de América Latina, de África, de algunos países de Asia. Los territorios eran ocupados, a la vez, por las potencias coloniales y por los misioneros.

En la misma Europa, dividida por la Reforma y la Contrarreforma, la religión del antiguo régimen se amparaba en la protección y mediatización de los gobernantes. La paz de Westfalia establece que la religión oficial será la del príncipe que mande en cada territorio. En el caso de los países católicos, principalmente del sur, está el legalismo, la intervención de los poderes públicos en asuntos religiosos, a veces con una competencia muy seria con el papado. Una especie de mezcla de protección y secuestro.

La revolución francesa y la consiguiente revolución liberal va unida a la separación formal de la Iglesia y el Estado, con oscilaciones; en unos momentos será más laicista, incluso con episodios de persecución –de ello podemos tener memoria en la historia de España- y otros de colaboración.

Pero, básicamente en el milenio pasado y en el siglo XX incluso, la socialización religiosa estaba basada en la cultura compartida por el pueblo y en la familia, los cuales determinaban en gran medida cuál iba a ser la fe en la que crecían las personas, algo que se ha venido abajo en Europa en el último tercio del siglo XX. Por no hacerlo únicamente en los términos de mis propias percepciones, hay una cita de *E. Gaudium* que viene a decir que ciertamente, hay una interrupción en la transmisión de la fe de padres a hijos, algo bien doloroso para los padres creyentes. Estamos hablando siempre en términos generales; gracias a Dios hay también excepciones muy loables.

En el tercer milenio que estamos comenzando, en este siglo, yo creo que en nuestras latitudes tenemos que encontrar otras fórmulas. No estoy diciendo que lo de la familia no valga –es un problema que habría que abordar en otra charla, la transmisión de la fe, la iniciación cristiana en ambientes de familias cristianas- sino que, sencillamente, habrá que aprovechar también las otras formas de evangelización, no únicamente la reproducción de la fe dentro de padres, hijos, nietos, etc.

En la actualidad la evangelización no es, ni puede ser solo, una acción unidireccional: proclamar, anunciar, catequizar. Hay que dialogar sobre cómo vivimos. Y dialogar significa

decir y también escuchar: ¿con qué sentido, con qué esperanza vivimos? Señalar al Cristo que nos hace vivir con sentido y esperanza, pero escuchar también cómo lo dicen y lo viven otros; reconocer y poner en común también los propios atisbos, oscuridades y dudas.

Por supuesto, evangeliza la Iglesia entera. En el tercer milenio también tiene que ser así, pero en este tipo de sociedad que estamos inaugurando en el siglo XXI, hay que empezar por reconocer el pluralismo social y religioso y, no solo reconocerlo como un inconveniente, sino comprometerse con él. Eso significa que la voz de los católicos es solo una voz entre otras voces. Esto es algo que, por supuesto, lo tiene que hacer la Iglesia entera, pero lo tienen que hacer también los seglares, los cristianos que viven en el mundo, los ciudadanos; algo que sucedió en mucha mayor medida en los comienzos de la evangelización cristiana y que hoy tiene que volver a ser así.

Hoy el diálogo es más importante que la proclamación. Necesitamos desarrollar la capacidad de compartir y suscitar experiencias espirituales en la gente. Hay que reforzar la implicación de los laicos, eso exige también cambios en la cultura clerical de la Iglesia.

La evangelización hoy no es, ni puede ser, indoctrinación; hay que evangelizar con obras y palabras, colaborando en pie de igualdad, dando y recibiendo, es decir, con la propia manera de vivir la vida, con alegría contagiosa, con un compromiso social, por ejemplo, que ayude a configurar a la sociedad y también a que la Iglesia sea configurada por ella y por otras tradiciones religiosas. La acción social de los católicos contribuye a este compromiso de varias formas, en relación con diversos temas como el medio ambiente, los derechos humanos, la democracia, la justicia y paz, las migraciones.

Sin poderme extender creo que ante la evangelización a veces tenemos unos esquemas demasiado simples, que no son así. Yo voy a complejizar un poco el esquema y sin embargo, mantenerlo todavía. Es decir, hay algunos autores que dicen que “en temas religiosos no hay que guiarse demasiado por estereotipos”, que funcionan, pero normalmente la gente se sitúa siempre entre ellos; como decía alguno, “si me preguntas si creo en Dios, depende de cuándo me lo preguntes; y es que hay días que creo más y días que creo menos...”

A mí me gustaría señalar tres grandes grupos frente al evangelio:

- *Los creyentes de siempre*, los que viven gozosa y pacíficamente su identidad de creyentes cristianos católicos. De alguna manera se alimentan de la tradición, que es muy importante, la Biblia, los sacramentos, las formas de oración, la cultura recibida... No estoy haciendo un esquema de buenos y malos; yo creo que la tradición es algo muy importante en la Iglesia. Y esos cristianos tradicionales, que se sienten cómodos en esa tradición, aportan algo importante, relevante, decisivo.

- *Los de adscripción libre*, es decir, aquí entra *el tema de la libertad*, algo que nunca se ha negado. La fe tiene algo de elección divina y algo de aceptación libre; una fe verdadera no se basa únicamente en la tradición social, en el miedo, etc. Eso da lugar a un pluralismo de elecciones religiosas. Ahora no me estoy refiriendo únicamente a las distintas confesiones, por ejemplo en el ámbito del protestantismo, etc., sino que dentro de la propia Iglesia uno se adscribe a los grupos con los que más se identifica, uno elige; la fe tiene algo que ver con la tradición de ser cristiano, y tiene algo que ver con la opción... pero no porque yo elija lo que me da la gana; hay a veces esas desviaciones, una especie de buscarse un Dios a la medida, una religión a la medida; “El dios de cada cual” es un título de un sociólogo actual de la religión.

- *Los que buscan experiencias.* En los últimos tiempos se insiste cada vez más en este tercer elemento, el experiencial, que me parece muy importante, y que hace falta realmente. Experiencial, pero no en el sentido experimental empírico, sino de lo que es la experiencia de la vida, de lo que es el sentido del vivir, de lo que sería encontrar una biografía con la que realmente me siento guiado, querido, impulsado, orientado por Dios.

Sería importante tener en cuenta esos tres elementos a la hora de evangelizar.

Destinatarios de la evangelización somos todos, *los cristianos de siempre, los de adscripción libre y los que buscan experiencias.* Y todos tendríamos que aprender los unos de los otros. El texto del Papa sobre “La Alegría del Evangelio” insiste mucho en ir a lo esencial y aceptar el proceso en el que cada persona y cada individuo está en su trayectoria vital. No se trata de echar bloques de doctrinas, de exigencias, sino ver cómo puede ir creciendo la semilla del Reino plantada por el Espíritu.

3. EVANGELIZAR SIENDO BUENOS CIUDADANOS

Todos tenemos que ser buenos ciudadanos; es importante para la convivencia, pero es también muy importante también para ser verdaderos cristianos.

No me puedo extender en esto; yo no me he dedicado explícitamente a la teología aunque, lógicamente como sacerdote, la he estudiado. Pero no se trata meramente de decir “soy cristiano y ahora voy a ver si además soy buen ciudadano”. Si vamos al núcleo de lo que significa, “ser cristiano es ser seguidor de Cristo”, pero Cristo no vino a traernos algo así como una especie de añadido folklorico a nuestra vida para que además quiera algo... una especie de optativa. No; lo que vino a traernos es la plenitud de una vida humana vivida según Dios. Me gusta la expresión “Cristo, el hombre como Dios manda”, aunque no sea teológica.

El ser plenamente humanos es ser hermano de los hermanos, es no ahorrarnos ninguna de las vicisitudes humanas. Dice el himno de Filipenses que “Jesús, al hacerse hombre se hizo uno de tantos y vivió como un hombre cualquiera”, sin privilegios, sin discriminaciones tampoco, sin complejos. Esa puede ser la estrella que nos guía.

Dice en el número 75 de la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, del Papa Francisco: *Vivir a fondo lo humano e introducirse en el corazón de los desafíos como fermento testimonial, en cualquier cultura, en cualquier ciudad, mejora al cristiano y fecunda la ciudad.*

Ese sería el núcleo de lo que queremos decir.

Es preciosa la carta a Diogneto, un texto religioso del siglo II, descubierto a principios del siglo XX, que dice así:

Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por su modo de vida. Ellos, en efecto no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto. Su sistema doctrinal no ha sido inventado gracias al talento y especulación de hombres estudiosos, ni profesan, como otros, una enseñanza basada en autoridad de hombres... Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho...

En otro momento de esta carta dice: *son como el alma del mundo. Como el alma anima el cuerpo, así los cristianos...* Ojalá fuera así, porque esa sería nuestra vocación.

Por pretencioso y poco creíble que parezca, tenemos que tratar de atisbar por dónde va conduciendo el Espíritu la historia y las oportunidades que ella va alumbrando. Es lo que se llama “conocer los signos de los tiempos”. Si lo hacemos así, los cristianos también seremos, de alguna manera, la vanguardia de Dios en el mundo. No se trata tanto de ¿cómo ser hombre en un mundo sin Dios? sino ¿cómo ser cristiano en un contexto secular? Ayudar a descubrir a Dios en el corazón mismo del mundo. Esa sería la tarea de la Iglesia.

Me permito dos anécdotas que indican por dónde podrían ir estas cosas. Hace ya muchos años, en los momentos en que estaba creciendo el consumo de drogas, especialmente entre los más jóvenes, se hizo un estudio cualitativo, con grupos de jóvenes de Madrid; la pregunta a un grupo de unos 8 o 10 jóvenes era: ¿Cuántos jóvenes se drogan hoy entre los que tú conoces? La respuesta inmediata fue: “Todos”. De repente uno recapacita y dice: “Bueno, todos menos los cristianos y los deportistas.” Ya sería una distinción, percibir unos y otros que hay una parte que no hace lo que todos. Y otra chica de un contexto completamente diferente –ella estaba un poco distanciada de la Iglesia, más bien con muchas dudas...-, a la vista de sus amistades que se habían casado bastante temprano y que estaban entrando en procesos de divorcio, decía de manera lúcida y modesta que “los matrimonios entre cristianos duran más”.

¿Cuáles serían las formas de evangelizar que tendríamos que tener en este mundo en el que nos toca vivir?

Por lo pronto, lo que dice el título: **siendo. Evangelizar** no es meramente hablar, tampoco es callar, sino que **es ser**; una manera de decir lo que uno vive.

Para eso, en las circunstancias actuales, es básica la aceptación del pluralismo. Hemos dicho al hablar de la evangelización, que no somos más que nadie, pero tampoco menos. No pretendemos imponer nuestras condiciones, pero tampoco que nos impongan las ajenas, ni siquiera cuando se presentan como lo políticamente correcto. No deberíamos considerarnos superiores, como a veces hacemos. No debemos caer en la tentación de creer que no tenemos nada que aprender de los que no practican. Pero tampoco queremos ser considerados ciudadanos de segunda clase, que no tienen nada relevante que aportar, que solo son cristianos para consumo personal. Somos una voz más entre otras muchas. Es verdad que no tenemos el monopolio de la verdad ni de la ética; por eso hablamos y escuchamos, enseñamos y aprendemos.

Creo que es importante ir desarrollando un nuevo estilo de evangelizar. No desde el saberlo todo y obligar a que todos se adapten a lo que la Iglesia ya tiene establecido, sino ser más bien una Iglesia que escucha también a través de nosotros, de nuestros propios oídos, que aprende, que acompaña que sirve... Luego diré algo sobre “la Iglesia en salida”, expresión del Papa Francisco que conviene que vayamos apropiándonosla y no dejarla únicamente como un eslogan para aspectos más institucionales. Unos creyentes que saben relacionarse, no solo desde sus fortalezas, sino también desde sus fragilidades, desde sus dudas.

¿Qué podemos aportar nosotros?

Quizás siendo buenos ciudadanos, el ser cristianos y vivirnos como cristianos nos puede hacer vivir y poder proporcionar a otros la capacidad de que las diferencias entre nosotros - que a veces se convierten en muros que nos aíslan a unos de otros y que incluso nos enfrentan a unos contra otros- se vayan reconociendo e integrando, desapareciendo.

Los cristianos no deberíamos querer convivir solo con quienes piensan y viven siempre como nosotros. Tenemos que ser capaces de comprender las maneras de vivir y de entender la vida que tienen otras personas, y a la vez, también articular las nuestras. De esa comunicación con los diferentes esperamos aprender y enriquecer nuestra manera de pensar y de sentir.

De los tres lemas de la Revolución francesa, *libertad, igualdad y fraternidad*, que tanto hemos oído después de los atentados de París, es mucho lo que se ha ido ganando, consolidando e institucionalizando en temas de libertad e incluso de igualdad, pero queda mucho por hacer en el tema de la fraternidad. Dicen dos autores, Victoria Camps y Salvador Giner, en su libro “Manual de civismo” que “sin fraternidad no hay civismo”.

En la Iglesia compartimos la fe pero el pluralismo no se nos queda fuera; no podemos pensar únicamente que todos los que decimos “creo en Jesucristo”, pensamos en todo exactamente igual. En la Iglesia compartimos la fe con personas y grupos que, en muchos aspectos son diferentes de nosotros, y eso debería servirnos para establecer vínculos de unión entre los diferentes. Constructores de fraternidad con los que, de hecho, piensan y sienten que son distintos. Como nos dice el Papa Francisco, estamos llamados a ser “sembradores de fraternidad”. En el contexto español es difícil que hoy –y más en este contexto del terrorismo- contribuya a superar el esquema amigo-enemigo que a veces lleva a vivir la política como una lucha entre posiciones irreconciliables.

Tenemos que convivir, y si es posible colaborar, con aquellos a los que nosotros no hemos votado, pero que representan a otros que son hermanos y conciudadanos nuestros. Una de las cosas a las que me gustaría invitar -y con eso no estoy haciendo propaganda de un signo ni de otro- es a ver detrás de las opciones políticas que no son las nuestras, personas que las han votado, de las cuales no nos podemos desentender, ni hacer un muro, ni separarnos, ni considerarlos enemigos, porque son conciudadanos nuestros.

De alguna manera, eso nos invita a ir aglutinando también los cristianos –es tarea de todos los ciudadanos, pero donde los cristianos podemos aportar nuestra propia identidad- el sentido de lo público, la construcción de lo público, el respeto de lo público. A veces lo público se entiende fundamentalmente como privilegio del funcionario, como derechos a que me hagan prestaciones... Lo público existe si todos lo respetamos. Si yo me apropio de lo público, si yo malgasto, si yo maltrato los espacios públicos, si yo los ensucio, estoy deteriorando la convivencia. Empezando por este planeta -en estos momentos de la conferencia sobre el cambio climático- concebir el planeta como patria común de la humanidad y concebir la humanidad como el pueblo que habita esa casa de todos. Respetar los espacios públicos, como la calle, los parques, el medio ambiente... pero también la vida pública, las instituciones públicas, los bienes públicos... son de todos. Si me lo apropio, se lo quito a todos. No debe apropiarse nadie en servicio de su propio beneficio, privando a otros de ello. Eso es lo que nos obliga a luchar contra toda forma de corrupción propia y ajena, cercana y lejana, de los otros y de los míos... La corrupción no es solo algo de unos cuantos. Efectivamente, a veces quienes tendrían que dar mejor ejemplo no lo dan. La corrupción tiene mucho que ver con esa falta de equilibrio a la que me he referido antes, entre la dimensión de pertenencia y la dimensión universalista en las normas de la ciudadanía.

Aquí somos especialmente fuertes en las relaciones personales, en proteger lo propio, cada uno sabe cómo le va... Seguro que aquí también habrá funcionarios; es enormemente frecuente escuchar a los funcionarios cuáles son sus prerrogativas, las normas que tienen, los días libres que se pueden tomar, los horarios...

Hay defensa de “lo público”, cada vez está habiendo más, pero a mí me gustaría que esa defensa fuese del “servicio público”, no meramente de la condición de privilegio de Estado, protegido por unas leyes que le dan estabilidad, etc.

Decía que hay una especie de desequilibrio; en el fondo nos falta un sentido universalista de ciudadanía; que detrás de lo que hacemos, pueda ser beneficiado cualquier otro, le conozcamos o no, tenga nombre o no...

Nuestra identidad cristiana nos invita, facilita y compromete a humanizar la convivencia en todas las facetas de la misma. Humanizar todas las etapas de la vida, la infancia, la juventud, la vida adulta, la vejez, el trabajo y el descanso, la fiesta, la salud, la enfermedad, la misma muerte. Aquí sí quisiera leer dos párrafos del Papa Francisco sobre la “Iglesia en salida”:

La Iglesia “en salida” es una Iglesia con las puertas abiertas. Salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas no implica correr hacia el vacío sin rumbo y sin sentido. Es hacer como el padre del hijo pródigo, que se queda con las puertas abiertas para que, cuando regrese, pueda entrar sin dificultad.

La Iglesia está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre. Uno de los signos concretos de esa apertura es tener templos con las puertas abiertas en todas partes. De ese modo, si alguien quiere seguir una moción del Espíritu y se acerca buscando a Dios, no se encontrará con la frialdad de unas puertas cerradas. Pero hay otras puertas que tampoco se deben cerrar.

No es casual que las Iglesias estén cerradas -en muchos casos por protección- entre otras cosas porque precisamente una Iglesia “en salida” supone que el párroco o el sacerdote que regenta esa Iglesia no puede estar únicamente allí, esperando que venga alguien, sino que también tendrá que hacer visitas de enfermos, actuar en otros contextos etc. Es decir, tendrá que salir él mismo también. Pero no ha sido sustituido por nadie. Probablemente diríamos que, si se han cerrado es porque habría problemas para tenerlas abiertas, por protección, seguridad, riesgo de que roben, etc. No sé si no sería algo que tendría que empezar a funcionar de otro modo, al menos temporalmente, al menos en algunas, de modo que haya iglesias abiertas, donde poder retirarse, donde haya un espacio de tranquilidad. Curiosamente, en los casos con las conversiones de los últimos 150 años, casi siempre hay un elemento de “entrar en una Iglesia” en un momento existencial, y encontrar allí un espacio... Quizás es anecdótico, pero a mí me parece que indica también cómo se puede ser.

Y evidentemente, también en otros contextos “hay otras puertas que tampoco se deben cerrar”, como nos dice el Papa.

Dentro de lo que es vivir cristianamente como ciudadanos, hay un tema que a mí me parece importante también; es el tema de la opinión pública, de nuestras conversaciones, porque muchas veces la opinión pública es solamente la que está en los periódicos. Y no es así porque, en primer lugar, lo que está en los periódicos muchas veces está porque es lo que consumimos. Aparte de los medios de comunicación, hay que atreverse a hablar de otra manera de las cosas públicas; no hacer en nuestros discursos un puro estar los unos contra los otros o solo hablando unos y otros. Las cosas no son así. Por ejemplo, en estos tiempos electorales, qué sigla o qué presidente de partido o de gobierno apruebas o desapruebas... El tema es que tengamos algo sobre lo que pensar en serio, y más bien midamos las propuestas de los partidos, por si se ajusta a la educación que queremos que tengan nuestros hijos, al tipo de servicios públicos que queremos que haya, a la investigación

científica que pueda haber, al cuidado de los mayores, de la gente. Hablar de temas, hablar de energía, hablar de medio ambiente y luego contrastar las cosas que nos dicen en las distintas propuestas, que se ajustan con aquello que nosotros queremos.

Como sabéis, en la doctrina sobre la nueva evangelización, se habla de nuevos escenarios y se dice que realmente en los nuevos escenarios hay que situarse, para poder evangelizar ahí.

Por lo pronto, *una cultura secularizada*. Ojalá haya cristianos líder en la literatura, en el cine, en el arte, en la TV... en la que se hace y en la que se consume también.

En *los movimientos migratorios* con la consiguiente mezcla de culturas. No digamos solo que todo este proceso todavía no ha llegado aquí; ha llegado mediáticamente pero a la hora de la verdad han llegado muy pocas personas, aunque supongo que antes o después llegarán. Y no verlo únicamente como que “nos invaden”, sino que son oportunidades de enriquecernos, convivir, ampliar, ponernos en contacto con lo que nosotros podemos ofrecer y aprender de lo que ellos nos pueden ofrecer.

Hay que evangelizar *el mundo económico* que sostiene las desigualdades, nacional, regional.... Hay que evangelizar en *la investigación científica y tecnológica*, lo que no significa hacerla de manera muy distinta a como la hacen otros, pero sí con un sentido distinto, y sabiendo poner límites a ciertas cosas. Hay que evangelizar *la política*; no es el tema de esta noche, es mucho más amplio. Dice un profesor universitario, antiguo alumno mío, que decir político-cristiano, político-católico es algo que suena mal tanto entre los políticos como entre los católicos. Existen políticos católicos, por supuesto pero cuánto y qué opinan; es una de las cosas en las que enseguida volveré a insistir.

Hay que buscar *espacios de encuentro* donde no haya por qué compartir exactamente todo el credo para poder hablar de cosas que nos importan. Es un gesto sencillo pero bien importante y creo que orientador, el que el Papa no hable solo de la paz, sino que él mismo vaya a orar a la Mezquita con los musulmanes a favor de la paz entre unos y otros.

De los distintos escenarios a los que quiero referirme, está especialmente el de *los profesionales cívicos*. La vida profesional se lleva nuestras mejores energías y nuestras mejores capacidades. Decía un compañero mío que, a veces, hay católicos que dedican cuatro horas semanales a trabajar con los marginados y el resto de la semana a marginar gente. Es un poco duro, un poco radical, pero no podemos dejar fuera de la evangelización y de la ciudadanía aquello que se lleva nuestras mejores energías, nuestro mayor tiempo y, a veces también, aquello para lo que estamos mejor preparados.

En general, las profesiones tienen una dimensión muy cercana, que es para aquellos que necesitan los servicios profesionales, pero todas tienen una dimensión pública, más allá de esa prestación concreta que se hace a los destinatarios de esos servicios. Por supuesto, eso es más patente aún en aquellos que ejercen su profesión como funcionarios, por ejemplo los profesores de la escuela pública, los médicos en el sistema público de salud, etc. Además de buenos ciudadanos, de buenos vecinos, de buenos contribuyentes, los cristianos tendríamos que ser buenos profesionales, comprometidos con el bien común y con la dimensión pública de lo que hacemos y pensamos como profesionales en la sanidad, en la enseñanza, en el urbanismo, en la seguridad... Los profesionales tendrían que hacer una aportación dialogante a los criterios sobre los bienes y servicios a los que se dedica cada profesión. Los Colegios profesionales no deberían dedicarse solo a la defensa corporativista de sus intereses, sino también a hacer una contribución experta a la deliberación competente sobre

los asuntos que les conciernen y que tienen encomendados. Eso sería una excelente contribución a la deliberación sobre los asuntos públicos.

Estamos hablando de ciudadanía; pues imaginemos cómo sería la vida pública de una sociedad en la que los diferentes profesionales hiciesen bien las tareas que tienen encomendadas. Una sociedad en la que los profesores enseñan, los estudiantes estudian, los jueces juzgan con justicia, los abogados defienden con esmero, los periodistas informan, los médicos curan y cuidan la salud... Probablemente en una sociedad así también los gobernantes gobernarían con justicia y acierto o se verían desplazados de sus puestos.

4. EVANGELIZAR INCLUYE ALGO MÁS QUE SER BUENOS CIUDADANOS

Para evangelizar hay que vivir, vivir cristianamente y vivir humanamente, pero los cristianos tenemos aquí una ciudad que no es la permanente, la definitiva, la que buscamos más arriba... Los cristianos tenemos unas referencias que no podemos silenciar, que nos acompañan. Vamos edificando con piedras vivas la ciudad, la Jerusalén celeste y haciéndola bajar del cielo a la historia

Frente a eso el peligro es asimilarnos y caer en lo que Elisabeth Noelle-Neumann llama la "espiral del silencio". Esto no se ha elaborado sobre el tema religioso, sino más sobre el tema político, pero creo que tiene mucha aplicación para nuestra manera de situarnos como ciudadanos cristianos en esta sociedad.

Dice Elisabeth Noelle-Neumann, directora del Instituto de Demoscopia:

Cuando actuamos en público lo hacemos teniendo en cuenta la opinión de los que nos rodean; cuánto más dispuestos estamos a hablar cuanto más concordancia haya o se espere que haya entre las propias convicciones y las de aquellos que nos escuchan. Cuanto más se favorezca el sentimiento de coincidir con el espíritu del tiempo...

Yo creo que, de hecho, el obstáculo mayor que tenemos los cristianos en esta sociedad es privatizarnos las convicciones, tenerlas exclusivamente para el consumo propio. Evidentemente, no se trata tampoco de estarlas vociferando sin ton ni son, pero en algún momento tiene que ser posible decir abiertamente dónde está cada uno, porque hace lo que hace, qué espera, qué siente... En esos retiros para profesionales a los que me he referido, más de una vez ha ocurrido que, hablando entre ellos han dicho: "Ah, ¿pero es que fulano es cristiano? No lo sabía". Y probablemente él tampoco lo sabe de otro...

Sabemos que no siempre es fácil y que no siempre hay adhesión, evidentemente; sin embargo, por ejemplo en las expresiones de condolencia en una muerte, ¿hay que eliminar toda referencia religiosa cuando uno la siente? Tampoco se trata de "echárselas al otro", pero un gesto de que tú vas a rezar, por la familia, por el difunto...

Repito que no es fácil pero, en el fondo, ésta es una de las claves que tenemos que tocar para ir adelante porque nos asimilamos. El tema de la asimilación es muy importante; lo han trabajado mucho sobre todo los judíos que, durante un tiempo querían ser uno más, pero en un momento se pararon a reflexionar y dijeron, "yo quiero formar parte de esto pero también quiero ser distinto". Una filósofa judía, Hanna Arendt, decía de sí misma, y sobre todo en un momento de cuestionamiento en que hubo que emigrar de Alemania a EEUU, en los primeros momentos de la persecución nazi, que *si te persiguen como judía, tienes que defenderte como judía*. Eso me parece muy relevante.

Si atacan tu identidad cristiana, puedes apelar a la Constitución o a la Declaración de los Derechos del Hombre, pero también tienes que articular tu propia identidad cristiana, como

cristiano y no meramente en términos generalistas, etc. El anuncio explícito del cristianismo que uno intenta vivir –no se trata de presumir de ser mejor que lo que somos- tiene que romper con la “espiral del silencio”. Pero, evidentemente, tiene que ser un testimonio creíble en que las obras y las palabras vayan a lo mismo, en el que las diferencias no hieran, pero tampoco queden relegadas, silenciadas.

Creo que, ante esas diferencias, será fácil, si somos mínimamente delicados y discretos, el vivir la gratitud y la generosidad del que lo da todo porque siente que lo ha recibido todo y, por supuesto, la misericordia entrañable. Esta próxima semana vamos a inaugurar “el año de la misericordia” promulgado por el papa. No ser juzgadores, sino discípulos del señor que acoge a todos, hijos del Padre que hace salir el sol sobre buenos y malos, seguidores de Cristo que viene como médico no para los sanos sino para los enfermos y capaces de perdonar.

Quisiera hacer una alusión a una escena relativamente reciente: en el funeral de uno de los fallecidos en el último atentado, un funeral de cuerpo presente en el colegio del Recuerdo en Madrid, colocaron el féretro en la Iglesia. Estaban el padre y la madre de este chico de 29 años, y la esposa con quien se había casado en el verano; y en un momento de la celebración, el padre dijo: “Yo perdono a los asesinos” La madre, llorando, dijo: “Yo no perdono, yo no soy capaz de perdonar todavía” Ciertamente que no es algo fácil, pero evidentemente recuperar el sentido del perdón es algo impresionante por lo que significa.

Y por fin vivir el domingo de modo que no sea una parte del “finde”, sino que sea “el día del Señor”, un día de fiesta. Hay una frase de Zubiri que dice: “a los hombres se les conoce por lo que hacen el día de fiesta, por lo que celebran”. Celebrar es importante. Que el domingo no sea meramente un día de precepto, sino un día de fiesta para santificarlo, para vivirlo como Dios manda.

Gracias por su atención.

Para ver un desarrollo más amplio y detallado de las conferencias, pueden dirigirse a la dirección de la Web de la Universidad: <http://www.unican.es>

1. Se pulsa en **Universidad de Cantabria** y luego pulsar en **Vida y cultura universitaria** (abajo a la izquierda).
2. Se da en **Índice** (primero izquierda) o en el 2º punto **Campus cultural**.
3. Aparece en primer lugar **Area de aulas de extensión Universitaria**. Se da en **Aula de Estudios sobre la Religión** (la tercera).
4. Luego, pulsar en **Curso de Teología**.
5. Al final, aparecen los Cursos. Ir al **Curso 2014-2015** (en morado).
6. Ir a la conferencia del **día elegido**.
7. Aparecerán en morado todas las conferencias del curso que están incorporadas hasta ese momento.